

trapa decía para evidenciar la torpeza del fámulo y alabarse de avisado:

«Toda prevención es poca para estos criados; todo lo entienden al revés y nada hacen á derechas. . . .»

Hubo un momento de silencio embrazado por ambos interlocutores; cada uno se esforzaba en ser más razonable que el otro. Si no fuera por el peligro que corría de morir, tenía la manera y forma en que habría de engañarse solapadamente; Sátropa andaba rastreando la salida airosa y el Licenciado preparaba de tal suerte los futuros sucesos, que él mismo se aplaudía de haber urdido tan menuda y bien urdida inventiva.

De pronto dijo Sátropa, para romper aquel mutismo y espantarle al Licenciado los pensamientos que se le barajaban en el cerebro:

—¿Y el . . . el hijo de mi tío por qué no vino á presentarse á mí? . . .

El de la Sanchada estaba con el cuerpo inclinado, los codos sobre las rodillas y el bastón en las manos haciendo

la contera círculos y rayas en el suelo, muy entregado á sus combinaciones, por lo cual, después de un corto espacio, costestó:

—Por la cosa más sencilla: porque es un hombre modesto, incapaz de ningún esmán. . . . Si no fuera por el peligro de muerte que amenaza á su padre, tendría Ud. por cierto que no pone un pie en la Villa. . . .

«El no pi. . . pi. . . pide nada! . . . Ni quiera se ufana de que su padre sea rico y poderoso. . . . El quiere verle antes de que muera y saber de sus labios si lo reconoce por

hijo. . . . ¡Y. . . . y. . . . y esto es muy natural, ¿verdad? . . . Cualquiera en idéntico caso pretendería lo mismo, no ser un mi. . . mi. . . miserable y mal. . . mal. . . malvado y. . . y. . .

—¡Muy bien pensado todo, señor Sanchete! . . . Pero, ¿por qué esperó el último extremo para esta entrevista? . . .



—¿Por... por... por qué?... ¡Mi buen señor, la pregunta me extraña en los labios de un hombre de la experiencia y dis... dis... discreción de Ud...

La razón es cla... cla... clara; tan clara que salta á la vista: ¿Cre... cre... cree Ud. que si á mi amigo le agui... agui... aguijoneara el deseo de lucro el an... an... anhelo inmoderado de heredar, no hubiese venido desde el tiempo en que lo llamaba su padre con cartas ca... ca... cariñosas y ve... ve... vehementes? Este es el fundamento más sólido para ver en mi amigo la falta absoluta de interés menguado y de avaricia pecaminosa... Y vamos a decir, ¿si él reclamara con el derecho que le asiste la parte de herencia que le corresponde, cre... cre... cree Ud. que haría mal?...

—¡Yo ni creo ni dudó, señor Licenciado! Lo que sí aseguro á Ud., es que dentro de la ley ese señor... (mi primo si Ud. quiere)... ¡no puede heredar na-

da de mi tío!... ¡Y la ley antes que todo!...

—¡La... la... la ley!... ¡La ley!... No recuerda Ud. lo que dijo... ¿quién?... verá Ud... verá Ud... ¡Pues no recuerdo!... Pero que lo ha... ha... haya dicho Pedro ó Juan, la cuestión que es verdad el dicho que dice: «Las leyes son como las telas de araña: en ellas se enredan los insectos pequeños y las rompen los grandes»... ¡Ahora, aplique la moraleja y verá Ud. por qué «Pajarito» no podrá nunca he... he... heredar!...

—Esos son refranes, aforismos, ó como quiera llamárseles, que nada tienen de prácticos y mucho menos de aplicables en este caso, señor mío; la ley debe de ser respetada y todo buen ciudadano ha de apegarse á ella, venga en su contra, ó en su favor... Lo demás son triquiñuelas de leguleyos, sofismas de tinterillos y ardidés de güisacheros\*!...

—En... en... enderece Ud. el palo por donde quiera y dé golpes de ciego,



que... que... que yo no me bajo un  
 á... á... á... ápice de mi cuento, señor  
 Sátrapa!... ¡Tan... tan... tanto  
 veo, tanto afirmo!... ¿No se ha visto  
 de la noche á la mañana despojar á una  
 huérfana por manos menos limpias?...  
 ¿Y... y... y quitar á la viuda el sus-  
 tento de sus hijos por no sé qué ale...  
 ale... alaluyas y tiquis... tiquis...  
 tiquismiquis de curia?... ¿Pues qué mu-  
 cho que aquí suceda lo mismo apegán-  
 dose á la ley muy... muy... muy al  
 pie de la letra?... Es cuestión moral, y  
 muy mo... mo... moral, sí, señor Sá-  
 trapa, y anda en ello mezclada la con-  
 ciencia...

—No vamos aquí á hacer casos de con-  
 ciencia, ni á traer por los cabellos lo que  
 está todavía por averiguar, señor Licen-  
 ciado; y en último caso, allá los que se  
 inmiscuan en ajenos asuntos... que yo  
 bastante tengo con los míos para poder  
 entrometerme en otros que ni me van  
 ni me vienen... Si mi señor tío recono-

ce á su hijo y le nombra su heredero...  
 que disfrute por muchos años de seme-  
 tante legado... y á quien Dios se la da,  
 San Pedro se la bendiga!... como suele  
 decirse.

Esta beatífica conformidad de Sátra-  
 pa desconcertó un tanto al avisgado San-  
 tete, quien estuvo en un tris de echar-  
 lo todo á perder por suposición tan ino-  
 cente; sin embargo, como la astucia del  
 Licenciado nunca dormía, se fué á fon-  
 do con esta pregunta:

—¿Qué haría Ud., señor Sátrapa, si mi  
 patrocinado rechazara la herencia del tío  
 de Ud. y sólo exigiera la debida filiaición?  
 —¿Usted cree que tal haría mi... mi  
 primo?—Estalló sin poder contener su  
 alegría el iluso de Sátrapa.

—¡Por qué no!... Es noble y desinte-  
 resado como pocos; además, aquí es pun-  
 to de honra y no cuenta de tes... tes... tes-  
 tamento. ¿Para qué quiere dinero quien  
 nunca lo ha poseído y siempre se ha con-  
 formado con una manera de vivir pobre



y ho... ho... honesta?... Estaría bueno ese caudal, si «Pájaro» fuera uno de tantos desarrapados que andan husmeando el cómo y el cuándo para hacerse dinero sin pizca de fatigas.... pero el que ha consagrado su vida entera al trabajo, ¿qué le importa más ó peso menos?...

En esto entró el criado todo sudoroso diciendo de hilo:

«El doctor no está en su casa.... ni en el hospital.... ni en casa de la señora de Juanes.... ni en el casino.... ni en ninguna parte donde visita....»

Por casualidad supe que salió á ver á un enfermo fuera de la población.»

Sátrapa vió el cielo abierto, y dijo con mal disimulada satisfacción á Sanchete:

—Señor Licenciado, ya ve Ud. que no es posible, por ahora, complacer á Ud. en lo que desea y que yo mismo acepto.... Pero vuelva Ud. mañana, y entonces arreglaremos los preliminares de la futura entrevista con mi señor tío

de modo que no altere ni perjudique su estado lastimoso y delicado....

—¡Bien, señor Sátrapa, hasta mañana!...

Despidióse efusivamente Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada; tomó rumbo al hotel, donde le esperaba «Pajarito» sumergido en un mar de conjeturas y malos augurios por la tardanza en la entrega del Licenciado.

Sátrapa, al ver salir á Sanchete, lo despidió con una reverencia que barría los melos, para al cabo dar rienda suelta á su contenido enojo.

«¡Rábula, codicioso, embustero, ladrón!... ¡Sí, porque tú, y solo tú, eres el que te traes todo este enredo; tú eres el interesado; tú eres el instigador en este asunto!... ¡Tú, tú, tú!... ¡Tú, que quieres los dineros de mi tío!... ¡El otro, ó es un desgraciado, ó es un imbécil!...»

Pero no te saldrás con la tuya, Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada! ¡Antes gasto la cuarta parte de lo que había



de tocarle á ese advenedizo para que haga tú la tripa de mal año! . . . ¡Eres el camino que tú crees plano y has cederlo' antes que dejarte avanzar un palmo! . . . Toda seguridad es poca para defenderse de este demonio de leguleyo; con la ganzúa de su verba abre todas las puertas y se introduce en todos los estrados. . . . ¡Habrás visto majaderos!

—¿Qué gritos son esos? . . . ¿Ocurre algo extraordinario?—entró preguntando el abogado al oír las últimas imprecaciones de Sátrapa que se paseaba de un extremo á otro de la pieza que servía de despacho.

—¿Que qué ocurre, señor Licenciado? Pues casi nada: que mi tío se muere; que el certificado médico es uno de tantos papeles mojados; que no puede hacer testamento y que á mí me van á llevar todos los demonios y. . . .

—¡No conozco á Ud. en estos momentos! . . . Usted que tiene tanta calma chi-

cha para cualquier asunto por peliagudo que sea, se ahoga hoy en un vaso de agua! . . . ¡Vaya que no lo comprendo!

—Todo se conjura en mi contra! . . . Ni Ud. ni el médico parecían por ninguna parte esta mañana. . . . Y cuando me preparaba para salir á buscar á Ud., la criada me llamó para avisarme que allí me esperaba la visita del señor Licenciado; me restregué las manos de gusto; pues entraba Ud. por mi puerta en el momento que yo salía á buscarle. . . . Entro á saludarle y. . . ¡oh contrariedad! En vez de hallarme con su persona, ¿con quién cree Ud. que me dí de manos á boca? . . . Pues hágase cruces. . . . ¡Con Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada! . . . Sí, el mismo, en pie, con postura académica; ridículo, insolente, con una mano apoyada en el respaldo de la poltrona y la otra jugando con los dijes de la larga cadena de su reloj, brillándole los lentes en la penumbra de la antesala con siniestros reflejos de tigre de ben-



gala! . . . ¡Y qué rampante la zarpa del Licenciado! . . . Insinuante, hablador, tartamudo y embustero, charló largo de media hora, al término de la cual me preguntó por la salud de mi tío. . . y me espetó la nueva de que traía á remolque la hijo apócrifo, al tal «Pajarito» . . . aquel advenedizo que desde que supimos que anda por ahí, hecho una amenaza para los intereses puestos á mi custodia, todo lo ha revuelto y alterado, así la salud de mi tío, como las combinaciones financieras de nuestra casa comercial. . . ¡Esto es peor, señor Licenciado, que si me avisaran de sopetón que tres de nuestros más fuertes deudores habían quebrado! ¿Y sabe Ud. lo que pretende Sanchete? . . . ¡Casi nada! . . . ¡Si se queda corto en el pedir este bendito señor! . . . ¡Quiere que mi tío reciba á su hijo! . . . ¡al que dice que es su hijo! . . . y que haya una entrevista privada y ¡qué sé yo! . . . ¡Lo que interesa es que esta entrevista no se lleve á cabo! . . . ¡No, se-

¡Porque mi tío se muere de un sofocón y sin testar y! . . .  
 —¡Oh poder de las alucinaciones! . . .  
 —Y á todo esto llamaba Ud., con nombre que espanta, cataclismo? ¡Válgame Dios con Ud., mi señor Sátrapa! He escuchado á Ud. atentamente y le aconsejo que vea antes al médico que al abogado; la medicina importa aquí más que la jurisprudencia!—asentó con solemnidad.—¡Lo que Ud. tiene es un ataque de nervios!  
 —¡Déjese Ud. de sentencias salomónicas y vamos al asunto!  
 Necesito saber á qué atenerme sobre estas cuestiones, señor Licenciado, porque en ello va la tranquilidad y se compromete mi conciencia. . . .  
 —¿Quiere Ud. que le sea franco? . . .  
 —¡Desde luego!  
 —Pues mire Ud., como dije al principio, todo es una tempestad en un vaso de agua! . . .  
 —Será lo que Ud. quiera, pero yo me siento náufrago! . . .



—¿Náufrago? ¡y aún no ha corrido el temporal! . . . ¡Vamos, señor Sátrapa, Ud. se chancea!

—¡Quien se trae sus bromitas es Ud.!

—Estamos perdiendo el tiempo con darme que te diré, y lo más cuerdo es aceptar mi consejo de plano! . . .

—¡Venga cuanto antes! . . .

—En primer lugar: que el médico no se quite de la cabecera del enfermo mientras esté aquí el enemigo; en segundo lugar: que Ud. no le dé mayor importancia á este percance; siga su vida normal; ocúpese como todos los días en sus negocios; reciba atentamente á Sanchete; si es posible, ábrale los brazos á su . . . primo, y de esta manera vendrá la confianza donde Ud. ha comenzado á sembrar la discordia; y de lo demás, es decir, de lo de curia, yo me las entiendo, y de modo tan expedito que por el juzgado no harán caso de Sanchete de la Sanchada; así envíe veinte memoriales con otras tantas peticiones. . . .

—Cree Ud., sin duda, que yo no tengo ya resuelto este caso de derecho? . . . La filiación es cosa difícil de arreglar faltando el indispensable requisito de la fe de bautismo; el señor Illescas está imposibilitado ante la ley para reconocer á su hijo; ese inconveniente en estos momentos es la mayor y más fehaciente prueba que está loco de remate. . . . Y ahora que me salga el Licenciado contrario con leyes y componendas! . . . ¡Medrados quedábamonos si ese parlanchín nos ganara la delantera! . . .

—¡Abur, me retiro, que se me hace tarde! . . . ¡Ya sabe, mucho sigilo, gran cautela y no desconcertarse por las apariencias! . . .

Acabando de hacer esta recomendación fuese el abogado muy complacido de su consejo.

Sátrapa respiró á pulmón pleno; renació en él la esperanza; pasó al escritorio y se entregó á su tarea de contestar la correspondencia de la tarde.



«Pajarito» se desesperaba en el cuarto del hotel; sentía, pero no podía explicárselo, el trance en que lo habían metido; de manera rústica se esbozaba en su pensamiento, nunca enredado en hondas y dilatadas meditaciones de subida filosofía como lo estaba ahora, la entrevista que pronto se sucedería entre él y su padre; le venían tan pronto deseos de acelerarla, como luego le acometían intenciones de retardarla; un pueril temor, el temor á lo desconocido, le ataba y enmudecía; á ratos se delineaba borrosamente la sombra pasajera de su madre, con mirada hosca y talante extraño, llamándole perjuro, mal hijo y poco hombre.

Después se borraba completamente la visión amenazadora y aparecía su padre, el enfermo Illescas, tirado en la cama con actitud benévola. . . . Renunciaba de pronto á todo. . . . El, mísero huérfano abandonado, ¿qué le importaban los bienes mundanos que dan brillo y acrecien-

tan el mérito y las cualidades reales de las personas, por un espejismo hipócrita y una envidia solapada, que encumbran lo que quieren ver por los suelos y admiran lo que pretenden deslustrar con la calumnia? . . . Pero el recuerdo de su hija tomaba asiento en aquellas desusadas meditaciones, y con ello se apoderaba de su voluntad el deseo de poseer lo que le cediera su padre. . . . También las bruscas y vulgares advertencias de Chencho dejaban surco en su pensamiento, y así pensando, se consideraba dueño absoluto de lo que otro le disputaba á trueque quizá de una injuria arrojada en mitad del rostro y en presencia de gente extraña. . . . Ya había escrito á Chencho en mal garrapateada carta los sucesos acontecidos en el viaje; la llegada á la Villa de las Granadas y la probable entrevista con su padre; ponía en medio de aquellos conceptos, sin pizca de ortografía, la bondad de su alma can-



dorosa, tan ajena al embuste y tan re-  
hacia á la intriga. . . . .

Aquella carta, como lejana confiden-  
cia, tranquilizó un poco su espíritu atri-  
bulado, y le resarcíó de los malos ratos  
y los peores pasos en que lo ponía San-  
chete á cada trique, aparte de los largos  
sermones, en los que hilvanaba las más  
chocarreras teorías de una moral aco-  
modaticia, por su escondido y sórdido  
deseo de atrapar los caudales de Illes-  
cas. En Veracruz le hizo andar de Ceca  
en Meca para obtener un pasaporte mi-  
litar, con lo que le hacía creer á «Paja-  
rito» que ganaría en prestigio al llegar  
así graduado á la Villa de las Granadas,  
cuando su intención fué ahorrarse unos  
cuantos pesos en el valor del pasaje; en  
todas partes donde presentaba á su pa-  
trocinado, era objeto de una exhibición  
ridícula y aparatosa. . . . «¡Este es un  
despojado por un millonario!» «¡Yo se-  
ré quien defienda los derechos usurpa-  
dos á este huérfano!» Y de este tenor

traía al bueno de «Pajarito» de aquí pa-  
ra allí con vergüenza y pena del des-  
venturado albañil.

En el hotel mismo, á la hora de la ce-  
na comenzó el Licenciado con sus usuales  
barrumbadas, á tal grado subidas de pun-  
to, que «Pajarito» dejó el plato para su-  
bir á su cuarto á ocultar su bochorno.

Sería interminable la narración de los  
percances y accidentes por los cuales  
pasó «Pajarito» hasta los momentos en  
que lo encontramos aguardando el regre-  
so de Sanchete; todo ello lo sufría con  
gran resignación de ánimo para esperar  
el pronto y anhelado desenlace que le  
apartaría de aquel atolladero en que es-  
taba metido por la cacareada caridad y  
el aplaudido altruismo del fachendoso  
Licenciado Sánchez Sanchete. . . .  
«¡Hola, hola, estamos con las manos  
entre las quijadas!» . . . fue . . . fue . . .  
fuera tristezas, hijo pródigo, que ya  
pronto «Pajarito» estará en su do-  
do . . . dorada jaula!» . . .



El Licenciado, que se despepitaba por las citas, también le placía hablar en metáfora.

El albañil, estropeado del viaje y desilusionado por más de un motivo, no le hizo tilín la amonestación cariñosa del Sanchete, que siguió parlotando:

«No he perdido la mañana. Apenas desayunado me fuí paso á paso á casa del señor Illescas. . . . ¿Y el señor Sátrapa?—pregunto.—«En estos momentos está de salida»—me contesta la fámula.—«Pues llámelo, mi alma, y dígale que aquí le espera el señor Licenciado!» La criadita, (un repollo, aunque marchito), hizo un cuarto de conversión, girando sobre sus talones y fué á tirar del faldón de la levita al Sr. Sátrapa que tomaba la calle. . . . Y llegó mi buen señor, fuerte y rozagante, cuando yo creí encontrarlo mustio y cariacontecido por la enfermedad de su tío. . . . Ya. . . . ya. . . . ya lo creo, la buena vida que lleva en tanto el señor Illes-

cas se muere de ham. . . . ham. . . . hambre! . . .

El señor Licenciado por aquí y el señor Sanchete por allá! . . . . Y todo se le volvían saludos y sombreradas que espantaban las moscas de la sala, y yo, que á cortés nadie me saca pierna, correspondía á sus reverencias con otras mayores, diciendo para mi capote: «¡Ya. . . . ya. . . . ya nos veremos las caras, señor Sátrapa». . . . Y nos sentamos, y entre párrafo y párrafo le expuse el objeto principal de mi visita. . . . y se anduvo con retaralillas y con salidas de pie de banco hasta que le cerré el paso y le di. . . . di. . . . dije muy claro: «¡Alto, mi amigo, lo que quiero es que el hijo del señor Illescas tenga una entrevista aho. . . . aho. . . . aho-que el mismo!» . . . . «Que el médico; que la quebrantada salud de mi tío; que imposible; que. . . . ¡Vaya, que se me es. . . . es. . . . escabullía el muy zorro para dejar el campo libre y bus. . . . bus. . . . buscar revuendos y composturas y enturbiar el



El Licenciado, que se despepitaba por las citas, también le placía hablar en metáfora.

El albañil, estropeado del viaje y desilusionado por más de un motivo, no le hizo tilín la amonestación cariñosa del Sanchete, que siguió parlotearlo:

«No he perdido la mañana. Apenas desayunado me fuí paso á paso á casa del señor Illescas. . . . ¿Y el señor Sátrapa?—pregunto.—«En estos momentos está de salida»—me contesta la fámula.—«Pues llámelo, mi alma, y dígale que aquí le espera el señor Licenciado!» La criadita, (un repollo, aunque marchito), hizo un cuarto de conversión, girando sobre sus talones y fué á tirar del faldón de la levita al Sr. Sátrapa que tomaba la calle. . . . Y llegó mi buen señor, fuerte y rozagante, cuando yo creí encontrarlo mustio y cariacontecido por la enfermedad de su tío. . . . Ya. . . . ya. . . . ya lo creo, la buena vida que lleva en tanto el señor Illes-

cas se muere de ham. . . . ham. . . . hambre! . . .

El señor Licenciado por aquí y el señor Sanchete por allá! . . . Y todo se le volvían saludos y sombreradas que espantaban las moscas de la sala, y yo, que á cortés nadie me saca pierna, correspondía á sus reverencias con otras mayores, diciendo para mi capote: «¡Ya. . . . ya. . . . ya nos veremos las caras, señor Sátrapa!» . . . Y nos sentamos, y entre párrafo y párrafo le expuse el objeto principal de mi visita. . . . y se anduvo con retaralillas y con salidas de pie de banco hasta que le cerré el paso y le di. . . . di. . . . dije muy claro: «¡Alto, mi amigo, lo que quiero es que el hijo del señor Illescas tenga una entrevista aho. . . . aho. . . . aho-que mismo!» . . . «Que el médico; que la quebrantada salud de mi tío; que imposible; que. . . ¡Vaya, que se me es. . . es. . . escabullía el muy zorro para dejar el campo libre y bus. . . bus. . . buscar revidas y composturas y enturbiar el



agua... que todo vie... vie... viene ser una cuenta!

Pero yo, que no me mamo el dedo, puse una trampa y cayó en el lazo. Resultado: que después de trapalear para venir á quedar en lo de substancia convenimos en que mañana, de grado por fuerza, verás á tu señor padre... Sátrapa se estará preparando para hacer la deshecha.

pe... pero tengo tomadas mis precauciones y allá vamos!

¡Gueno ejtá tóo! Pero si hoy mismo no dejacha el asunto, yo no salgo de aquí má que pa golverme á mi casa.

¡Sí, «Pájaro,» sí! ¡No seas testarudo! ¡Todo se andará!

¿A... acaso le tienes miedo á ese Sátrapa? ¡Yo te te te creía más hombre! Aprende á mí que soy capaz de habérmelas con el mismo Archi. Archipreste Juan de las Indias! ¡No falta más que yo me

achicara ante Sa. Sa. Sátrapa!

—¡Miedo yo! Yo no le huigo á náiden...

—¡Lo de siempre! Con esa dignidad que se te ha pegado al espinazo no

trás á nin... ninguna parte!

Primero es defender el derecho que se tiene en un... un... un asunto y de

seguida viene lo... lo... lo demás!

Mira: si el tal Sátrapa me hace una jugada... juega... jugarreta, lo pongo como

chu... chu... chupa de dómine, y en letras de molde para que más le ar...

ar... arda! ¡Ya... ya... ya verás lo que es poner las pe... pe... peras á

cuatro á estos potentados que se quieren

que... que... quedar con el santo y la limosna!

«Pajarito» dejó al Licenciado que echara por esa boca cuanto le venía en

gana, para disparar el pensamiento á su natío; en vuelo rápido, como si propiamente fuera un pájaro, atravesó la cal-

cinada tierra, dejó atrás el acero bruñi-



do de los rieles, traspuso las montañas, cruzó el mar, mojó las cansadas alas de las aguas del río, y posóse, libre y contento, bajo el techo de aquella casa donde pasó el infeliz huérfano los días tristes de una niñez pobre y los densos momentos de una juventud infortunada!



## XXVII

**M**y, Micáila, ya me tienes hasta el copete con tu misma música de toitos los día!... ¡Ya te he dicho repetías vece que yo maldito si me acuerdo de la tal Rumualda y tú aferráa en que sí!...

Vamo jacerno la afiguración de que á Rumualda me la juera encontrando por... le decía ¡diosito! y con la misma le golvía la espalda... ¿sabes?...

Rumualda no te sirve ni pa descalarte la chinela... ¡Está fea, vieja y arrigona!... ¡Con una patilla que se cae por encima de la oreja que... ¡vaya, paece cochina con cría!

—¡Tú eres muy lanza, Chencho, y pero que come güevo, si no lo come, lo